



Otra forma de ver la identidad

Elsa de la Hoz González

Me imagino la identidad en forma de círculos concéntricos. Las formas culturales que se derivan del modelo de sociedad capitalista es el gran marco que conforma nuestra identidad, sobre todo, la de la cultura occidental, donde el rasgo más característico es la uniformidad en todos los aspectos. Este marco configuraría el círculo exterior que engloba a los restantes.

Dentro de este marco general, se diluye todo el conjunto de características culturales que nos definen como personas de un determinado continente, país, comunidad autónoma, isla, pueblo... y hasta los propios en cuanto individuos diferentes. Deseo recalcar que se diluyen, pero no por ello dejan de existir los rasgos que diferencian unas comunidades de las restantes. También los canarios poseemos rasgos distintivos en el ámbito de nuestra identidad.

Es la tolerancia lo que permite que los elementos diferenciadores, al nivel que sea (continente, país...), pervivan y formen parte de nuestra realidad de forma natural. El creer que mis rasgos diferenciadores, mis costumbres, mis ideas..., que provienen de mi entorno cultural más inmediato, son más ciertas que las tuyas, son más verdad, es decir, la intolerancia, pone en crisis la identidad, tanto como concepto, algo de lo que realmente tiene sentido hablar, cuanto realidad, algo que vemos, tocamos... algo que existe.

Se establecen entonces relaciones de poder donde siempre alguien gana y otro pierde o cede. En quien pierde o cede se provoca nor-

Es la tolerancia lo que permite que los elementos diferenciadores pervivan y formen parte de nuestra realidad de forma natural

La necesidad de confirmación que tiene cada individuo de reconocerse en lo que él siente que es

malmente una rebeldía, que refleja externamente, y responde a la necesidad de confirmación que tiene cada individuo de reconocerse en lo que él siente que es, al no tener una respuesta a esta necesidad vital. Esta rebeldía, sana en principio, da lugar a actitudes y/o argumentos que conforman determinadas ideologías, que pueden llegar a extremar sus mecanismos de defensa ante la no aceptación, transformándose a veces en posturas agresivas que conducen a la xenofobia.

Creo que ésta es la historia de gran parte de la humanidad, si no de toda, por lo menos de la llamada sociedad occidental, es decir, la historia de la intolerancia, de la actitud colonizadora y no la del intercambio. Mientras no entremos en un proceso de comprensión histórica y personal, no podremos iniciar el camino de la liberación, de transigencia y de respeto y valoración de la diversidad. En la diversidad sabemos que habita la riqueza.

Desde mi punto de vista, pueden resultar artificiales y, por lo tanto, improductivas las acciones, campañas, programas, discursos teóricos... que se realicen con el objetivo de cambiar ideas o actitudes ante determinadas realidades, aún en favor de la conservación de señas que nos identifiquen como miembros de una comunidad y en supuesto beneficio propio. Son discursos que pretenden motivar la necesidad de conservar modos de producción, modos de relación, gastronomía, usos del lenguaje, determinadas artesanías, formas musicales, etc., pero esos discursos son baldíos si, a la vez, no existe un interés personal a tal fin, que surja de la necesidad de cada individuo, en su contacto con la realidad que vive, en un proceso de observación de dicha realidad y de comprensión de la misma. Por supuesto, hay personas que viven los aspectos antes señalados como parte de su identidad, de sí mismos.

Creo que en este proceso está implícita la observación, comprensión y, por lo tanto, el conocimiento del propio individuo, la relación que establece consigo mismo, con los demás, con su entorno. A partir de ahí, puede aparecer la necesidad de ser fiel a lo que descubre y siente que lo caracteriza, de establecer una relación con los nuevos valores que ha incorporado y de respeto a los que le son ajenos. Sin haber tomado consciencia totalmente de este propósito, me acerqué hace años a un fenómeno sociológico denominado popularmente “Boni”, que se ha desarrollado a través de lo que inicialmente se denominó “Escuela de padres” y que hoy se llama “Escuela para aprender a vivir”.

Es difícil ofrecer una explicación de este hecho sin utilizar el len-

guaje que ya nos es familiar a las personas que formamos parte de este proyecto y con facilidad, entiendo, llama al prejuicio. Para mí ha significado la posibilidad de reconocirme en otros, en las mismas preguntas que seguramente años antes ya comenzaba a plantearme. Las preguntas que, tarde o temprano, todos nos hemos hecho ante la vida: las relaciones con los demás y la muerte que vivimos en diferentes momentos del transcurrir de la vida, como la pérdida de un ser querido, o diversos cambios en nuestra forma de pensar, ideas que se nos rompen queramos o no (que es otra forma de ponerse en contacto con la muerte) y hasta el temor a la muerte física.

Ante esas preguntas, podemos hacer dos cosas. Una sería ir a las respuestas que ya nuestra cultura nos ofrece, respuestas que la mayoría de las veces son muy racionalistas pero que, sobre todo, son las respuestas de otros. Otra opción es buscar las propias respuestas, lo que puede hacerse contrastando las ya aprendidas con lo que uno, desde su interior, realmente siente. Una manera de abordarlo es lo que aporta Bonifacio Cabrera. Es un método basado, fundamentalmente, en los principios de la psicología humanista, centrada en la persona tal como ella se siente, se experimenta, se vive. Para ello utiliza una técnica denominada “escucha activa”, que se basa en la no intervención y en facilitar, a través de reflejos, que la otra persona descubra por sí mismo lo que le ocurre, confíe en sus capacidades y se recupere a sí misma. La técnica es aparentemente sencilla, pero difícil de llevar a cabo porque hay que estar muy convencido. Supone, más que nada, adoptar una actitud de total respeto y consideración hacia el otro. Difícil, sobre todo, porque en nuestros hábitos de relación tenemos más incorporadas culturalmente las actitudes de otras psicologías donde se buscan prototipos y se trata de encajar a las personas en ellos. Por eso, somos tan dados al consejo fácil sobre ideas aprendidas, a la reprobación, a creernos que sabemos más de la otra persona que ella misma... porque la interpretamos más que la escuchamos.

Existe una gran desconfianza ante el otro y ante uno mismo y esto es lo que, de una manera u otra, directa o sutilmente, nos transmitimos en nuestro relacionarnos, pretendiendo modificar la conducta de la otra persona para que se adapte a la que nosotros creemos mejor desde nuestra visión y “conocimiento”, eso sí, con sincero ánimo de ayudarla.

El método de Boni es muy particular. Se sustenta en la escucha activa y en su peculiar forma de comunicar su propia experiencia,

Las respuestas que nuestra cultura nos ofrece son la mayoría de las veces muy racionalistas pero, sobre todo, son las respuestas de otros

El método de Boni es muy particular. Se sustenta en la escucha activa y en su peculiar forma de comunicar con su propia experiencia

la del conocimiento de sí mismo, la experiencia adquirida tras escuchar decenas de miles de horas a otros seres humanos y la de sus investigaciones científicas en el contexto de la realidad canaria.

Enlazando con la identidad, me parece que es habitual situarnos en la actitud colonizadora que en todos está en mayor o menor medida. Se da cuando creemos que nuestras acciones, nuestra forma de búsqueda... es más importante que la de otros, tratando en ocasiones de imponer nuestros puntos de vista. Creemos que la actitud colonizadora está en los demás y sólo tiene que ver con la ocupación de territorios y sobre modos de producción precapitalistas, pero no vemos esa actitud en nosotros mismos, lo que se manifiesta en forma de intolerancia y en la incapacidad para reconocer y aceptar la diversidad.

Considero que estamos aún lejos de conseguir ese respeto a la libertad del individuo, incluso lejos de llegar a ser libres. Estamos lejos aún del “hombre nuevo” del socialismo revolucionario. Ellos lo intuyeron, lo racionalizaron y trataron de transmitírnoslo a través del pensamiento intelectual. Faltó hacerlo real mediante el conocimiento de los hombres y mujeres que realmente eran, quizá para algún día llegar a serlo. Posiblemente no lo viviremos pero siento que estamos mucho más cerca aunque parezca lo contrario.